

América latina y la conflictiva búsqueda del desarrollo. Eurocentrismo o construcción regional

María Susana Bonetto* - María Teresa Piñero**

Resumen

En el marco de las transformaciones post neoliberales que se están produciendo en América Latina, este trabajo pretende recuperar una tradición de pensamiento latinoamericano que, entendemos, tuvo y tiene mayor plausibilidad explicativa para los problemas regionales. En ese sentido valoramos los aportes de la CEPAL y la teoría de la dependencia, en tanto instalaron un pensamiento autónomo y crítico respecto del orden internacional existente, cuyas reglas impusieron límites concretos al desarrollo con equidad en la región.

Palabras clave: América latina. Teoría de la dependencia. Problemas regionales.

Abstract

[Latin America and the controversial search for development. Eurocentrism and Regional Construction]

Within the frame of post-neoliberal transformations which are taking place in Latin America, this article intends to recover the tradition of Latinamerican thought which we believe to have had and that it still has greater explanatory plausibility for regional problems. In this respect we value the contributions made by the CEPAL and by the theory of dependence inasmuch as they started the autonomous and critical thought about the existing international order its rules set up actual limits to a certain development with equity in the region.

Key words: Latin America. Regional Problems. Theory of Dependence.

* Profesora de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Directora del Doctorado en Ciencias Políticas del Centro de Estudios Avanzados.

** Profesora de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

1. Introducción

La elección del presidente Evo Morales puede ser mirada como el punto de inflexión de la nueva corriente que parece estar afianzándose en la región. Los gobiernos de Brasil, Venezuela, Argentina, Uruguay, Chile y ahora Bolivia, aunque de diferentes maneras, parecen representar la nueva orientación política latinoamericana que busca estrategias para superar los estragos causados por la hegemonía neoliberal.

Parece constatarse ya la inviabilidad de los programas neoliberales de ajuste estructural que se impusieron en los '80 y los '90, que agudizaron las deformaciones de las economías, limitaron los desarrollos regionales y produjeron transformaciones regresivas en el tejido social. Quedan pocas dudas ya que en Latinoamérica, las recetas del Fondo Monetario Internacional (FMI) –salvo contadas excepciones– no sólo no generaron crecimiento sostenido, sino que imposibilitaron el bienestar de la población, y aún en caso de crecimiento agudizaron la pobreza y generaron efectos fuertemente desestructurantes en el tejido social.¹

El discurso neoliberal hegemónico en la globalización –configurador de imágenes que vinculaban como en un todo superador al multiculturalismo, la diversidad y el respeto por el otro con la homogeneización, el acceso igualitario y universal a los bienes culturales y a la tecnología, así como la extensión de la libertad y los derechos, hasta construir una ficcional “ciudadanía universal”– se topó a principios de este siglo con la realidad.

Si bien los procesos de transición y consolidación democrática mejoraron la calidad institucional de las democracias y mantuvieron en términos generales la vigencia del Estado de Derecho, lográndose también la estabilidad de los gobiernos democráticos, sin embargo en lo socioeconómico se advierte aún la contradicción básica entre la difusión de pautas de consumo de sociedades con niveles de igualdad en términos de acceso a dichos bienes y la realidad de sociedades con imposibilidad de acceso a éstos, pero con expectativas de poseerlos. Este

1 Stiglitz, J. (2002) dedica todo un texto a mostrar evidencias de la incongruencia teórica y práctica de las recetas del FMI para los países emergentes y a analizar las consecuencias de su implementación.

Desde algunos sectores se afirma que el discurso hegemónico, hoy, crítico del neoliberalismo, se destaca por la falacia de la generalización, extendiendo a todos los países lo que puede haber ocurrido en alguno; así promueve la idea de que la crisis de América Latina se debe a las recetas del FMI. Pero nos interesa destacar los efectos de las políticas neoliberales, ya que aún en casos de crecimiento la existencia de pobreza y exclusión ha sido recurrente. Coincidimos en esto con García Delgado y Molina (2006), cuando afirman que “En América Latina, esta problemática está ilustrada por indicadores preocupantes *vis a vis* otras regiones del mundo: altísima inequidad, bajo desempeño en desarrollo humano, altos porcentajes de trabajo informal, desempleo estructural, distribución regresiva del ingreso y situaciones de desigualdad y malestar social que no cesan de agravarse, aún en los casos de países supuestamente exitosos de la región en la lucha contra la pobreza, como es el caso de Chile”.

es un núcleo que, acompañando la pobreza y el deterioro de vida, es generador de conflictos sociales, que al decir de Furtado (2003), si bien estuvo siempre en la base de las sociedades dependientes, se agudiza con el paradigma globalizador neoliberal y sus ficciones totalizantes y universales, al punto de provocar graves problemas, incluso de amenazas hacia la democracia en la región.

Las experiencias recientes de un modelo neoliberal supuestamente “modernizador” de nuestras sociedades, en el contexto de la globalización, y su fracaso, así como el nuevo clima de cambio que parece estar gestándose en recuperación de un vector nacional, nos impulsa a la reflexión sobre una historia pendular en la región de proyectos modernizadores y de desarrollo que han signado la trayectoria latinoamericana y, en especial, la de Argentina; gran parte de ellos subordinados no sólo económica sino también intelectualmente al centro.

2. La guía eurocéntrica en el modelo de desarrollo

La constitución de lo “nacional”, en la mayoría de los países latinoamericanos, implicó un proceso que –a pesar de los distintos momentos históricos– siempre tuvo un núcleo no galvanizado de tensión en la formación de su sociedad por causa del colonialismo interno, que se guió en los primeros procesos independentistas y en la construcción de los Estados en la región por el intento de imitación de las “sociedades más avanzadas”.

Así se generaron –a partir de la independencia de los nuevos Estados de la región– programas orientados a superar el “retraso” y promover el “progreso”, en un siglo XIX en el cual culminó en los países centrales la consolidación de las relaciones de producción capitalistas y el modo de vida liberal, hasta el punto en que éste último se consideró el modo natural y más avanzado de organización social.

Prevalcía, como sostiene Lander (2003: 23), “la existencia de un meta-relato universal que lleva a todas las culturas y a los pueblos, desde lo primitivo, lo tradicional a lo moderno... y la sociedad liberal como norma universal, señala el único futuro posible”. Las otras formas de organización social son consideradas arcaicas, primitivas, tradicionales o premodernas.

Por ello, las reflexiones sociales y políticas regionales se orientaban a superar las carencias o deficiencias que marcaban las distancias con esas sociedades centrales, más que al conocimiento de las propias a partir de sus especificidades históricas y culturales. En esa idea del progreso eurocéntrica, lo americano era considerado bárbaro y debía ser “civilizado” mediante la aplicación de mecanismos disciplinarios.

Se produce una primera apelación al progreso así constituido: “La ciudad es el centro de la civilización argentina, europea... El desierto la circunda a más o

menos distancia, las cerca, las oprime... las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto...". (Sarmiento, 1967: 31)

Numerosos autores han sostenido² que una de las características de la matriz identitaria latinoamericana, y particularmente argentina, se encuentra en el desgarramiento entre sus pretensiones europeístas y sus raíces criollas, ambivalente frente a su legado hispánico; matriz eternamente obsesionada con el dilema "civilización o barbarie" que funda su proyecto nacional. Armony (2000) afirma que las sociedades latinoamericanas han estado siempre sujetas a la tensión irresoluble entre el proyecto utópico del *Nuevo Mundo*, universalista y homogeneizador, y la persistencia de profundas fracturas sociales, políticas y económicas, lo cual le da un carácter inacabado, pero siempre presente a los proyectos nacionales.

Sobre estas cuestiones, aunque no las podemos desarrollar en este breve artículo, son fundamentales las reflexiones de Quijano (2003) para comprender la formación de nuestros Estados Nacionales y, en especial, para saber cómo operó el concepto de raza como instrumento de dominación.

La construcción efectiva de esta propuesta, en el caso de Argentina, fue el modelo agro-exportador³ que se extendió desde los ochenta del siglo XIX a la década de 1930. Se caracterizó por generar grandes recursos agrícolas, afluencia de capitales externos y amplias masas de población inmigrante.

Si por una parte se procuró homogenizar a la población a través de la educación sobre una base liberal y moderna, en los hechos se sustentó en una estructura socio-económica en la cual la mayor parte de la población (nativa o inmigrante) no tenía acceso a la propiedad, y el endeudamiento externo fluía sin control. "Por otra parte la poderosa elite gobernante tenía una cultura rentística y una visión dependiente de la inserción de Argentina en el mundo, así como una conducta política antidemocrática". (Rapoport, 2004: 111)

Hacemos presente los rasgos negativos de este modelo frente a la glorificación que de él hizo y continúa haciendo el pensamiento neoliberal que, en definitiva, aduce que su abandono produjo la decadencia nacional, o bien que sus falencias en la región provienen de que fue incomprendido en sus postulados e imperfectamente implementado por gobernantes "populistas" -cuando no "corruptos".

La superación de este modelo se inició por la misma elite gobernante de una manera casi forzada por las circunstancias, luego de la crisis de 1930. Su consolidación se produjo luego de la segunda guerra mundial en un contexto

² En este sentido Pakkasvirta en *¿Un continente, una nación?* (1997) Y Rojas Mix en *Los Cien Nombres de América* (2003), entre tanto otros autores, trabajan exhaustivamente la confrontación entre distintos proyectos "nacionales" en la comunidad intelectual de América Latina.

³ Tomando el concepto de modelo como un esquema simplificado que pretende reflejar una realidad compleja en sus principales rasgos.

internacional ya transformado, en el cual se originó una recomposición de fuerzas en el contexto de la Guerra Fría –implantada por Estados Unidos– para convalidar su hegemonía en el mundo occidental. (Dos Santos, 2002)

Se produjo asimismo la emergencia de un conjunto de nuevos Estados luego de los movimientos de liberación nacional en las colonias europeas, así como la reemergencia del mundo árabe en una visión laica del pan-arabismo.

En ese marco, la modernidad se concibe como un fenómeno universal que todos los pueblos debían alcanzar, y se corresponde con la plena vigencia de la democracia en una doble vertiente: en su visión liberal anglo-sajona y en la socialista.

En la órbita occidental, la idea del desarrollo se expresa en la adopción de normas de comportamiento, actitudes y valores identificados con la racionalidad económica moderna, y se considera a la sociedad que nace en Europa y se afianza en Estados Unidos como el ideal a alcanzar. En los años cincuenta esto se consolida en el marco de la expansión económica con la hegemonía del modelo keynesiano.

3. Hacia la construcción de un pensamiento regional autónomo

Sin embargo, la concepción del desarrollo adquiere un sentido específico en América Latina con el enfoque de la CEPAL, a partir de una ruptura teórica con la economía clásica y neoclásica, formulando nuevos enfoques para entender los propios procesos y lograr su superación. A partir del análisis del deterioro en los términos del intercambio, Prebisch construye los conceptos de *centro* y *periferia*: se entendió que “el atraso de nuestros países no se debía a características intrínsecas de nuestra población, ni a deficiencias de nuestro medio natural, sino a circunstancias históricas”. (Pazos, 1986: 119)

En ese marco se advierte la imposibilidad de seguir los dictados emanados de las sociedades desarrolladas. En esta línea son fundamentales los aportes de R. Prebisch y C. Furtado en todos los momentos de desarrollo de su pensamiento, hasta los últimos aportes más críticamente radicalizados.

Prebisch fue el gran alquimista que reunió en su pensamiento el acervo de voces que proponían centrar la mirada desde América Latina para pensar las cuestiones vinculadas a su desarrollo, y aún dentro del discurso hegemónico capitalista construyó –desde allí– una de las teorías más reconocidas mundialmente en la región. Pudo ser escuchado en tanto pertenecía al *establishment* de los economistas de renombre internacional, e instalado en la matriz de ese discurso procedió a refutar los aspectos centrales macroeconómicos que constituían el santuario del cual abrevaban los políticos para intentar destruir la “condena populista” de la región. Su eje fue el ataque a la teoría neoclásica del comercio, mostrando la

dependencia estructural de la región que, atada a esa perspectiva, era condenada desde su constitución a ser proveedora de productos primarios para el desarrollo de los países centrales.⁴

Su punto de partida fue que la economía política de América Latina está vinculada a las fluctuaciones cíclicas que se dan en la esfera internacional, que tienen origen en las economías de los países industrializados y que se propagan con incidencia en los países productores de productos primarios y, no obstante, ante ello estos países presentan un comportamiento pasivo. El eje de estas fluctuaciones es el poder subyacente tras la economía mundial. Como sostiene Furtado:

Esta visión global de la economía capitalista, que permitía identificar en ella una fractura estructural generada por la lenta propagación del progreso técnico y perpetuada por el sistema de división internacional del trabajo existente entonces, ciertamente constituye la mayor contribución teórica de Prebisch. (Furtado, 2003: 111)

Así, al identificar esa fractura estructural generada por la lenta propagación del progreso técnico en la periferia perpetuada por el sistema de división internacional del trabajo, refutó los análisis provenientes del centro y las recetas de allí emanadas que se entendían como las únicas “serias” frente a las carencias imputadas a nuestros propios desaciertos. De esta manera, la CEPAL planteó el fenómeno del poder en las estructuras económicas mundiales, cuestión completamente ignorada por las teorías económicas convencionales que privilegian el fenómeno del equilibrio.

Por ello entendemos que, más allá de sus análisis técnicos, muchos de los cuales continúan vigentes y otros han sido superados por los cambios en la situaciones imperantes, lo importante y actual de su aporte fue la transformación en los presupuestos de su análisis a partir de la sujeción a criterios externos a la construcción de categorías analíticas desde la propia realidad regional. Así, coincidiendo con Ferrer, creemos que

la gran contribución de R. Prebisch fue el reconocimiento de que la subordinación teórica al pensamiento hegemónico de los cen-

4 Prebisch significó un elemento perturbador para Estados Unidos, puesto que al no ser marxista pero tener ideas transformadoras y críticas sobre América Latina interpeladoras del orden existente, se convertía en un “otro” indescribible que no encajaba en la disputa ideológica de la Guerra Fría. Para este caso no eran aplicables las categorías comunista-anticomunista con la cuales Estados Unidos medía las acciones hacia América Latina; por ello no estaba dispuesto a ayudar a construir el foro desde el cual estas ideas podían difundirse al resto del continente. Previendo así la incidencia de Prebisch en la CEPAL, se abstuvo finalmente en la votación en ocasión de su constitución.

tros, es el primer eslabón de la cadena de atraso e inequidad, por ello se requiere observar el mundo desde las propias perspectivas regionales para erradicar el atraso y asumir el comando de nuestro propio destino. (Ferrer, 2003: 11)

Por otra parte, Celso Furtado (1973) advirtió sobre la imposibilidad de seguir el modelo abstracto de la economía del centro pretendidamente de validez universal, ya que no es posible eliminar el factor tiempo e ignorar la irreversibilidad de los procesos económicos históricos. Por ello, las teorías centrales “universales” no consideran dos cuestiones esenciales: la irreversibilidad del tiempo y las peculiaridades estructurales. Por eso propone para la región un pensamiento autónomo y creador en la elaboración de una teoría explicativa y promotora del desarrollo.

Así, en la reformulación de la idea de desarrollo en Latinoamérica, aparecen conceptos claves para explicar la propia realidad regional, como “centro-periferia”, “deterioro en los términos del intercambio”, “industrialización” e “integración”.

Así como escuela de pensamiento, el *cepalismo* fue un punto de referencia central en las discusiones de la economía y ciencias sociales desde los '50 hasta fines del siglo. También planteó un escenario de emergencia de otras corrientes como el *dependentismo*, que radicalizó elementos recogidos del *cepalismo* y criticó sus limitaciones analíticas.

En las décadas del 50 y 60, los conceptos generados –en especial el de desarrollo según la percepción regional–, a veces reformulados o hibridizados con otras tradiciones, impactaron considerablemente en las políticas de los gobiernos de la región. El *cepalismo*, además, influyó en las corrientes de cooperación internacional latinoamericana de importancia en los años 70 con sus aportes a las propuestas de la UNCTAD y de impacto en dos ámbitos de concertación de políticas de países en desarrollo: el *Movimiento de los No Alineados* y el *Grupo de los 77*. (Bernal Meza, 2005: 190)

Estos espacios implicaron un nuevo escenario de fuerzas para América Latina –en la negociación con los países centrales– en la búsqueda de un nuevo acuerdo internacional en materia económica, e instalaron la necesidad de una mayor apertura de los países desarrollados a los productos tanto tradicionales como no tradicionales (manufacturados) de los países no desarrollados, poniendo en cuestión, así, la división internacional del trabajo entre centro y periferia.

En el contexto de la construcción de un desarrollo desde lo regional se efectiviza plenamente el modelo de sustitución de importaciones, iniciado casi forzosamente desde la crisis del treinta. Este modelo tiene como característica central la intervención relevante del Estado en la economía y el apuntalamiento y la expansión del sector industrial. Los cambios en la estructura social por la amplia-

ción del sector de trabajadores y la expansión de la urbanización por migración interna permitieron la emergencia de la Alianza Nacional Popular, que sustentó el modelo pese a las críticas y a los parciales avances de la Alianza Liberal Oligárquica, partidaria del primer modelo enunciado, constituyendo un empate hegemónico que explica la pendularidad de gobiernos democráticos y militares hasta 1976 en Argentina. (O' Donnell, 1976: 31)

Por otra parte, se amplió así la participación política de nuevos sectores populares; se produjo una ampliación del mercado interno, políticas redistributivas y toma de posiciones más independientes en el marco internacional.

Sin embargo el discurso neoliberal pretendió y pretende convencer que la Argentina decayó cuando se expandió la industrialización, cuando los sectores populares medios y bajos alcanzaron sus derechos sociales y políticos plenos y cuando el Estado controlaba el funcionamiento de la economía y adoptaba posiciones internacionales más autónomas.⁵

En realidad, este modelo de desarrollo se articuló con un período de importante reflexión y discusión sobre distintas estrategias desde un pensamiento regional.⁶

4. Los enfoques de la Dependencia

La teoría de la dependencia surge en este contexto, y por una parte continuó y asumió los conceptos elaborados por la CEPAL de centro y periferia, pero realizó también un análisis crítico de lo que consideraba sus desaciertos. En cierta medida se vio influida por el estructuralismo cepalino, sobre todo a partir de las últimas propuestas más radicalizadas de Prebisch y Furtado y por los modelos marxistas de acumulación, más el aporte de otras tradiciones de pensamiento regional.

5 Sostenemos esta afirmación a partir de nuestra interpretación de lo analizado por García Delgado (1994) en *Estado & Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*, Editorial Norma. Bs. As. 1994. Como análisis crítico de este período se citan a Ianni, Octavio, *La formación del Estado Populista*; Mols, Manfred, *Concepción del Estado e Ideal de Desarrollo en América Latina*; Veliz, Claudio, *La tradición Centralista en América Latina*. En una interpretación contraria: Morse, Richard, *El Espejo de Próspero* y García Delgado, Daniel *Raíces cuestionadas. La tradición popular y la democracia*.

6 Blomstrom y Hettne (1990) revalorizan estas propuestas: "Es probable que el debate latinoamericano sobre los problemas del subdesarrollo sea la discusión más extensa sobre el desarrollo en el Tercer Mundo y, por lo tanto, una valiosa contribución a la ciencia social moderna".

También coincidimos con Bernal Meza (2005): "Los autores del pensamiento estructuralista latinoamericano han sufrido en cuerpo propio el escarnio de aquellos dominados (por convencimiento o, simplemente, adopción) por las construcciones teóricas, las formulaciones conceptuales y las visiones del mundo construidas por autores del mundo desarrollado, particularmente del pensamiento norteamericano (...) Obviamente, la paradoja es que si esos autores representativos como Bull; Keohane y Nye; Gilpin; Dougherty y Pfaltzgraff; Viotti, Kauppi y Held; McGrew, Globlatt y Perraton, consideraron necesario revalorar o responder al estructuralismo es que, efectivamente lo consideran una "teoría".

Si bien se pueden clasificar en cuatro corrientes la diversidad de propuestas dentro de la teoría de la dependencia –trabajadas in extenso por Blomström y Hettne (1990)– siguiendo a Dos Santos (1970), el concepto central de esta perspectiva es el de *dependencia*, que puede entenderse a partir de tomar el desarrollo como fenómeno histórico mundial y de pasar del análisis del capitalismo desde el centro (que dio origen a las teorías del imperialismo) al estudio del desarrollo del mismo desde la periferia. Así, la teoría de la dependencia es un análisis del imperialismo desde los países dependientes.

Dos Santos (1970: 180) entiende que la relación de interdependencia asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y auto-impulsarse; en cambio otros (los dependientes) sólo pueden hacerlo como reflejo de tal expansión, quedando situados en retraso y bajo la explotación de los dominantes. En ese contexto, se produce la articulación de los intereses dominantes de los centros con los intereses dominantes de las sociedades dependientes.

Esta situación se ha producido bajo tres modalidades: la dependencia colonial, caracterizada por los monopolios comerciales de las tierras, las mineras y el trabajo en los países colonizados. La industrial-financiera de la última parte del siglo XIX, caracterizada por las inversiones extranjeras en la periferia para la exportación de productos primarios, además de las inversiones en infraestructura funcional para ese fin. Y la última, la industrial-tecnológica, denominada “nueva dependencia”, que hace referencia a la nueva señal del capitalismo desde los años de la segunda posguerra en adelante: vinculada a la expansión de tecnología, inalcanzable para la periferia, y la dominación de grandes grupos hegemónicos del capital; empresas transnacionales ligadas a los mercados internos de los países dependientes que arrastraron –con su lógica de penetración en la periferia– los efectos positivos de la industrialización sustitutiva.

De esta manera, la escuela de la dependencia cuestiona el modelo sustitutivo de importaciones cepalino, considerando que si bien había logrado una superación esencial en términos del anterior modelo de desarrollo establecido desde la organización de los Estados Nacionales, una vez implementado y logrado sus efectos positivos no podía sino estancarse. Esto debido a las restricciones que el proceso dependentista impuso a la expansión del mercado interno. Estas restricciones se manifestaron, al decir de Blomström y Hettne (1990: 89), “en la limitación del poder de compra de la clase trabajadora producto de su explotación al máximo; en segundo lugar, se crearon pocos empleos, ya que la tecnología era intensiva en capital; en tercer lugar, la repatriación de los beneficios conducía a un excedente interno doméstico extremadamente limitado”.

Hay acuerdo en los teóricos de la dependencia de que la teoría cepalina había implicado un avance en términos de críticas al dependentismo, pero también en que no previeron los efectos internos del modelo de industrialización

sustitutiva propuesto. Uno de estos efectos fue la alianza de las burguesías locales con los nuevos actores transnacionales, buscando su camino de participación en la expansión del capitalismo. Esta burguesía, conservadora y liberal por antonomasia, contribuyó –para proteger sus intereses– a la limitación definitiva de la capacidad de negociación internacional de la periferia frente a los condicionamientos del centro.

Por ello y, finalmente, cuando en los '80 comienza una nueva fase del capitalismo financiero y especulativo acompañado de la crisis de la deuda y su mecanismo perverso de dominación y expoliación hacia la periferia, el círculo de dependencia externo-interno se había cerrado.

Esta dimensión de la dependencia y su impacto en la estructuración de los sistemas políticos internos de la periferia –en términos de su configuración por grupos locales que realizan alianzas con actores del centro, y reproducen internamente los mismos mecanismos de dominación–, constituye un aporte significativo de la teoría de la dependencia, que permite mostrar que “la dependencia no es simple coacción y explotación, existía y existe comunidad de intereses entre grupos dominantes locales y externos; la dependencia no enfrenta al conjunto de los intereses de una sociedad con otra”. (Faleto, 2003: 123)

Cada una de las distintas etapas de la dependencia, desde la colonial hasta la actual de la globalización, corresponde a una situación que condiciona no sólo las relaciones internacionales de estos países, sino también sus estructuras internas: la orientación de la producción; las formas de acumulación de capital; la reproducción de la economía y, simultáneamente, su estructura social y política. (Bernal Meza, 2005: 120)

Entonces, más allá de la dependencia económica ya planteada por la CEPAL por la división internacional del trabajo, estaba su articulación a los sistemas políticos de cada periferia que se veían profundamente moldeados por esta situación, ya que existía comunidad de intereses entre grupos dominantes locales y externos, y esto, como sostiene Bernal Meza (2005: 101), “aporta elementos de juicio para evaluar la responsabilidad de los sistemas locales de dominación y de cómo estos son artífices de buena parte de las relaciones de dependencia con el orden internacional”.

El grado de participación de las masas en el capitalismo periférico, en términos de Furtado, está controlado por estas elites de poder para mantener su status logrado y la situación imperante. En ese marco, la aparición de procesos de transformación que intenten alterar el equilibrio injusto de fuerzas es descrito como “fallas ocasionales que conducen a la emergencia de líderes ‘populistas’ pro-

clives a 'excesos' que legitiman, de forma natural, tal como el orden que lo impone, las purgas autoritarias". (Furtado, 2003: 82)

Esta es una nota característica del rasero con el que se están evaluando los discursos de los líderes emergentes en América Latina; frente a los cambios que proponen en la distribución del poder y su posibilidad de alterar los tradicionales esquemas con los cuales se mide la democracia de los países latinoamericanos (en el mismo sentido "modernizador" central que en épocas anteriores), son tildados de "populistas", término utilizado en sentido peyorativo para remitir a un "defecto" consustancial al lazo de representación de corte latinoamericano. Así, este lazo de representación estaría fundado en un vínculo particular entre una masa acostumbrada a recibir y adorar al *líder* y éste, que distribuye "irresponsablemente" para generar adhesión sin priorizar una planificación racional y programada que ordene la producción y generación de riqueza. No se piensa que puede constituir un tipo de representación acorde con las tradiciones regionales, capaz -en algunos casos- de generar proyectos autónomos y emancipatorios.

Es necesario asumir que el desarrollo en América Latina es una forma de crecimiento distinta a la de los países centrales, vinculada a la expansión de un capitalismo concentrado, dependiente y excluyente. Una verdadera trampa histórica, al decir de Furtado.

Si bien la realidad regional actual es distinta a la analizada por la teoría de la dependencia en las décadas de los 60 y 70, creemos que sus categorías siguen teniendo plausibilidad explicativa para el análisis de los procesos actuales de globalización asimétrica. No solamente mantiene vigencia la teoría de la dependencia sino también los enfoques cepalinos. Como sostiene Bernal Meza (2005: 149), "gracias a su método histórico-estructural que se basa en la 'condición periférica' de América Latina, su matriz explicativa mantiene vigencia en la medida que no se han producido modificaciones estructurales a tal condición original".

Por otra parte, ya en la década del 90 autores como Sunkel (1990) analizaron críticamente el neoliberalismo a partir de una reformulación del pensamiento cepalino dadas las nuevas condiciones del contexto histórico social, pero continuando con el eje central del análisis "centro-periferia", desde donde analizan sus políticas económicas asociadas a un modelo político que privilegió excluyentemente al mercado y al sector privado y que provocó un agravamiento de las condiciones de inequidad y exclusión en la región. El pensamiento neoliberal buscó desacreditar el modelo de Estado interventor y de bienestar y, junto con él, el pensamiento latinoamericano sustentador de esta particular visión del Estado nacional. A partir de estos análisis, que funden cada vez más a los cepalinos con los teóricos de la dependencia, se produce una reformulación del pensamiento estructuralista con una propuesta político-económica que evita el desequilibrio financiero, pero que al mismo tiempo recupera la idea del crecimiento productivo y social del anterior modelo. (Bernal Meza, 2005)

Esta situación evidencia más que nunca la realidad de los análisis de estas teorías; que la dicotomía centro-periferia o desarrollo-subdesarrollo emerge de una estructura de poder internacional y sólo puede entenderse a partir de ella. Que los procesos nacionales sólo pueden ser analizados desde el punto de vista del funcionamiento del sistema económico y político global, lo que muestra también la interrelación entre procesos de desarrollo interno y modelos de inserción en el mundo. Que América Latina sigue vinculada a los ciclos de la economía internacional y atada a sus designios, sin presencia de ciclos endógenos para su desarrollo; y, además, que la dinámica del desarrollo y cambio tecnológico sigue afectando a las economías menos desarrolladas, desplazando su participación en el comercio mundial.

Citamos a modo de ejemplificación de su vigencia explicativa de los procesos de la región el análisis de Dos Santos:

La crisis de la deuda externa demostró muy claramente nuestra debilidad y nuestra condición de exportadores de excedentes para los países centrales. Este hecho fue reconocido en todos los análisis internacionales de la crisis de la deuda en la década de los ochenta. (Dos Santos, 2002: 126)

Así, desde el actual análisis crítico de la teoría de la dependencia se constata que las políticas impuestas requerían disminución del gasto público para el pago de la deuda. Así se cambió deuda externa por deuda interna, reduciendo el gasto que debería atender las necesidades sociales. Sin embargo, cada vez se exige más ajuste fiscal; como resultado los Estados democráticos se deslegitiman y la economía se desarticula y desorganiza, ahogándose en la recesión y la depresión. (Dos Santos, 2003: 128)

De igual manera hay que destacar su prognosis sobre el proceso de la inserción en el mundo basada en la ortodoxia del comercio internacional en su sentido liberal, que, asociado a un modelo político que privilegiaba al mercado y al sector privado, agravaría la crisis de América Latina.

Entendemos –coincidiendo con el análisis citado– que los resultados de las políticas neoliberales fueron criminales, profundizando la desigualdad social y reforzando la concentración de la renta nacional. Así se aumentó la participación del sector financiero en la renta nacional, mientras el sector productivo y el salarial perdían radicalmente su participación. En definitiva esto produjo un aumento de la marginalidad, la economía informal, el hambre y la violencia y la distribución de la renta se concentró cada vez más.

América Latina se encuentra en un momento de inflexión luego de esas transformaciones convulsivas. Se percibe un horizonte transicional que pone en cuestión el paradigma ideológico que fundó las relaciones Estado-Estados y

Estado-sociedad durante estas últimas décadas; esto es, el *globalismo*, palabra que designa la identificación entre orden liberal y la globalización como dato de la realidad. El fracaso de las políticas implementadas bajo ese eje abrió un fuego que se manifiesta no sólo en los movimientos sociales presentes en la región, sino también en los discursos de algunos líderes políticos, críticos respecto a ese paradigma y que intentan presentar la posibilidad de construir, desde el poder institucional, proyectos nacionales de corte progresista.

Existe un cierto consenso en la urgencia de construir una agenda post-neoliberal que refuerce al Estado nacional en el marco de la no negación de la complejidad de los procesos de interdependencia actual. El mismo consenso existe en cuanto a que las soluciones radicales –como la desconexión al estilo de Samir Amin, o las relaciones carnales con el orden neoliberal y su hegemonía como políticas– no son sino dos maneras elegantes de conducir hacia un fracaso estatal.

Desde la intelectualidad se arriman debates y se mira con expectativa la instauración de estos nuevos discursos, que deben dar cuenta de las profundas crisis internas de exclusión social y dependencia económica, saldo de liquidación del siglo XX para América Latina.

Ahora bien, pareciera que recién con la globalización se está extendiendo la constatación de la dependencia latinoamericana. Así Svampa (2005: 264) afirma que “ya no es posible soslayar nuestra condición de sociedad periférica y dependiente, escenario de múltiples conflictos y marco de (re) producción de viejas y nuevas desigualdades, económicas, culturales y políticas”. Incluso desde el neoliberalismo, la periferia también fue un actor político; Menem, haciendo eco de la idea de sociedades periféricas de Carlos Escudé, consolidó el concepto de relaciones carnales con Estados Unidos.

Hablar de sociedad periférica y dependiente implica confirmar un dato de la realidad, pero lo importante es explicar las causas y los procesos que produjeron esta situación y que la continúan. El nudo de la cuestión es la tendencia práctica que toman los gobiernos para manejarse con los múltiples condicionamientos externos y las necesidades de desarrollar un proyecto interno desde la condición periférica de América Latina. Esto apareja otras categorías de análisis, ya que creemos que es un reduccionismo y que resulta sesgado partir de la utilización de rótulos como “populismos” vs. “social-demócratas” a las variantes de los distintos proyectos que están insinuándose en América Latina. Con esa falsa dicotomía se sigue perpetuando la mirada eurocéntrica sobre los procesos locales.

Frente a las nuevas tendencias del presente que parecen orientarse a un cambio de rumbo, es necesario recordar que la tradición democrática de la región (nos referimos a las experiencias democráticas que lograron mayor apoyo popular) exige democracias socio-económicamente equitativas, y que éstas deben mantenerse pero no agotarse en el resguardo institucional de legalidad y adecuados procedimientos del Estado de Derecho.

La tradición teórica de la región, que constituyó el aporte auténticamente original y latinoamericano reconocido internacionalmente, se articula con el debate de las distintas estrategias de desarrollo generadas por la CEPAL del período de Prebisch, sus reformulaciones posteriores a la influencia del neoliberalismo y la teoría de la dependencia. Esas matrices analíticas, construidas no por imitación del centro sino a partir de una lectura endógena y crítica de nuestra realidad, deben ser recuperadas para aportar soluciones no subordinadas en este nuevo período post-neoliberal.

Frente a las modernizaciones dependientes del modelo agroexportador decimonónico y el rentístico financiero del neoliberalismo, reivindicamos esta tradición teórica regional para analizar y proponer soluciones en las actuales tendencias generadoras de nuevas expectativas. Esto a pesar del discurso de los tecnócratas del *establishment*, que continúan criticando los nuevos intentos regionales desde un pretendido “cientificismo” colonizado por las perspectivas y los intereses del centro y sus socios en la periferia.

Bibliografía

- ARMONY, Víctor (2000), *Representer la nation*. Le editions Balzac, Montreal.
- BERNAL MEZA, Raúl (2005), *América latina en el mundo. El pensamiento latinoamericano y la teoría de las relaciones internacionales* GEL, Bs. As.
- BLOMTROM, Magnus y Ente, Bjorn (1990), *La teoría del desarrollo económico en transición*. FCE, México.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2003), *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Ed. Biblos, Bs. As.
- FERRER, Aldo (2003), “Introducción” en Furtado, Celso (2003), *En busca de un nuevo modelo. Reflexiones sobre la crisis contemporánea*. FCE, Bs. As.
- FURTADO, Celso (2003), *En busca de un nuevo modelo. Reflexiones sobre la crisis contemporánea*. FCE, Bs. As.
- FURTADO, Celso (1973), *Desarrollo y subdesarrollo*. Bs. As. Eudeba.
- DOS SANTOS, Theotonio (1970), “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina” en Jaguaribe, Helio et al (1970), *La dependencia político económica de América Latina*, Siglo XXI, México.
- GARCÍA DELGADO, Daniel y Molina, M. Gabriela (2006), “Ética y desarrollo. El conflicto de las interpretaciones” en Scannone, J. C. y García Delgado D. (2006), *Ética, Desarrollo y Región*, Ed. CICCUS, Argentina.
- O’DONNELL, Guillermo (1997), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós, Bs. As.
- PAZOS, Felipe (1986), “Cincuenta años de pensamiento económico en la América Latina”. Trimestre Económico México, Octubre-Diciembre.

- DOS SANTOS, Theotonio (2002), *La teoría de la dependencia. Balances y Perspectivas*. Plaza & Janés SA, México.
- LANDER, Edgardo (2003), "Ciencias Sociales. Saberes coloniales y eurocéntricos" en Lander, E. (2003), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO, Bs. As.
- QUIJANO, Aníbal (2004), "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina, en Rapoport Mario (2004), *Hacia un nuevo modelo de país*. Grupo Editorial Norma, Bs. As.
- SARMIENTO, D. F. (1967), *Facundo*. Centro Edit de América Latina, Bs. As.
- STIGLITZ, J. (2002), *El malestar en la globalización*. Taurus, Alfaguara, Bs. As.
- SUNKEL, O. y ZULETA, G. (1990), "El neoestructuralismo, el neoliberalismo en los años noventa" en *Revista de la CEPAL*, n° 42, diciembre, Santiago de Chile.
- SVAMPA, M. (2005), "Ciudadanía, democracia e integración", en Novaro, M. y otros, *Debates sobre el proyecto nacional*. Ed. Norma. Bs. As.